



LO VIEJO Y LO NUEVO

POR JORGE EDWARDS

el cuaderno de croquis

Dentro de la literatura latinoamericana de los años recientes, **Persona non grata**, obra de la que ahora puedo hablar sin cometer delito, registra por lo menos un record: es el libro que ha tenido una historia más accidentada, más llena de sobresaltos y sorpresas. Desde los comienzos. Desde el cuaderno de apuntes con que viajé a La Habana, a comienzos de diciembre del año ya remoto de 1970, dispuesto a llevar un diario de mi flamante y poco frecuente misión diplomática.

Al principio, en los primeros días, anotaba mis experiencias en ese cuaderno, mis conversaciones, mis reflexiones, con la mayor ingenuidad, sin prevención alguna. Había tenido que recorrer medio Santiago para encontrar ese objeto preciso: un cuaderno de tamaño escolar, pero con hojas de croquis, sin líneas, para dibujantes. Me gustaba escribir en el espacio en blanco, en las noches y sobre todo en los amaneceros, frente al mar que empezaba a ponerse rojo, en el calor que no amainaba.

Al cabo de un tiempo, sufrí los efectos del contagio ambiental e ingresé a la neurosis de la sospecha. Era la neurosis dominante. Una vez que uno se instalaba en ella, observaba a los turistas, a los personajes de panto, a los políticos superficiales, a los escritores beatíficos, desde una distancia incommensurable, que ellos eran incapaces de imaginarse. Ellos, que vivían en la inocencia pringosa.

Instalado en la neurosis colectiva, uno

pasaba a sospechar de todo. Era imposible distinguir la realidad de la imaginación. De tanto imaginar fantasmas en todas partes, los seres reales adquirían la condición de fantasmas. Los ingenuos, los que no habían mordido todavía el fruto del árbol del conocimiento, parecían fantasmas bobalicones, sonrientes. Nosotros éramos fantasmas torcidos, obsesos. Sólo podíamos hablar del "temita". En cierto modo, seguimos hablando del "temita". El "temita" adquirió disfraces y ropajes inusitados. Conoció los fragmentos de Heráclito a su debido tiempo, pero nunca pensé que la atracción de los extremos fuera tan extrema.

Una vez vi una película para la televisión cuyo tema era el siguiente: el contrabando contrarrevolucionario entre el agrónomo francés René Dumont, experto de la FAO, y un alto jefe agrícola de la isla de nombre Olive. Acababa de publicarse en París un libro de Dumont agudamente crítico de la economía cubana. En la película, Olive, traidor a la causa, le pasaba informaciones manoseadas negativas a Dumont. El profesor francés, hostil, en el fondo, al socialismo, a pesar de sus afirmaciones puramente verbales, recibía estos datos llenos de culpable y mal intencionada complacencia. Cuando la conspiración entre los dos personajes había avanzado mucho, la policía secreta entraba en escena. Seguía todos los pasos de los conspiradores, incluso durante sus viajes al extranjero. Interceptaba sus comunicaciones telefónicas. Cuando el francés salía del hotel, los hombres de la seguridad entraban a sus habitaciones y fotografiaban todos sus cuadernos, documentos, papeles, con pequeñas máquinas. En la película, transmitida por la televisión oficial al país, se escuchaba el "click" ominoso de aquellos aparatos. Al final, Olive aparecía en persona, sentado en una mesa, delante de unas cortinas, haciendo su confesión pública. De ahí regresaría a la prisión. René Dumont, entretanto, calificado de agente del enemigo, había encontrado refugio seguro en las trincheras de las universidades y las instituciones del Occidente capitalista. Poco después, el cónsul chileno, que ocupaba las habitaciones de hotel situadas frente a las mías, al otro lado del pasillo, dijo que había escuchado pasos mientras yo estaba ausente. ¿Imaginaciones ajenas? ¿Fantasmas? Las relaciones entre Olive, agrónomo cubano que traicionaba la Revolución, y René Dumont, agrónomo francés de inclinaciones "burguesas", podían compararse con la amistad de Heberto Padilla, poeta cubano disidente, conmigo, diplomático extraviado en las aguas pantanosas de la literatura. Podía tratarse de un delirio personal, pero ocurría que los delirios, en la isla,

se transformaban de pronto en realidades angustiosas.

En resumen, el cuaderno de croquis, primera etapa en la escritura del libro, pasó a convertirse en un objeto electrificado, cargado de peligros potenciales. Empecé a esconderlo debajo de mi ropa, al fondo de los cajones. Pronto pensé que eran precauciones absurdas, que lo hacían todavía más sospechoso. Resolví, entonces, escribir menos, poniendo iniciales, nombres en clave, frases enigmáticas que sólo tenían significado para mí. El ambiente de sospecha fue en aumento y las anotaciones en mi diario se redujeron a la expresión mínima. Sólo palabras, nombres de lugares, fechas.

La última noche, entre las tres y media de la mañana y las seis, escribí, en cambio, a un ritmo febril. Tras de consignar hasta los menores detalles de la discusión de más de tres horas que acababa de tener con Fidel Castro. A las seis tenía que preparar mis maletas para salir de la isla rumbo a Madrid. Llevaría el cuaderno en mi maletín de mano, sin soltarlo un segundo. Esas páginas ya estarían libres, para siempre, pensé, de ojos y de lentes indigestos.

Una semana después de mi salida, en París, había comprado cuadernos de dibujo más grandes y comenzaba a relatar mi experiencia. El cuaderno escolar de croquis me fue muy útil, a pesar de que algunas de las claves de los últimos días resultaban ininteligibles incluso para mí mismo. En 1974, ya publicado el libro, me tocó viajar desde Barcelona, donde residía entonces, a la ciudad de Cali, en Colombia, donde se realizaba un congreso de escritores latinoamericanos. Llevaba un maletín nuevo, espléndido, que me había regalado en vísperas de mi partida, en una tienda de objetos de cuero del Paseo de Gracia barcelonés, Carmen Balcells, mi agente literario. En el hotel de Cali guardaba el cuaderno adentro de ese maletín. Una tarde entré a mi habitación y noté una ausencia flagrante: cuaderno y maletín habían desaparecido. Había un poco de dinero colombiano encima de la mesa y nadie se había preocupado de tomarlo.

¿Había sido un robo político? No sé. Me niego a seguir encerrado en la neurosis colectiva. Mi interés en publicar la versión definitiva de **Persona non grata** consistió en despedirme, por fin, del "temita". Todavía no lo consigo. Parece que el "temita" me persigue. Es muy posible, sin embargo, que el ladrón de la ciudad de Cali se haya sentido deslumbrado por el magnífico maletín. Al abrirlo, habrá encontrado un cuaderno viejo, inútil, lleno de anotaciones incomprensibles, y lo habrá tirado al río. Mis obsesiones isleñas habrán naufragado en esas aguas turbias.

670363

Paulo Nº 401. San. 17-11-1983. P. 86-82

Lo nuevo y lo viejo. [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lo nuevo y lo viejo. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile